



LOS MUSEOS ARQUEOLOGICOS REGIONALES

Una mirada del presente hacia el pasado

MARIA ELVIRA BONILLA

Directora Museo del Oro

Colombia se abre hacia sí misma y hacia el mundo desde la gran variedad de sus regiones. Nuestra realidad cultural tiene base regional y se hace universal a partir de ella (1). Si esta afirmación es aún válida hoy en día después de una voluntad continuada en el tiempo por lograr una unidad cultural, una identidad nacional, qué pensar de la Colombia prehispánica cuando era imposible hablar siquiera de país, de Colombia, de nacionalidad. Cuando Colombia era un territorio habitado por sociedades tan disímiles como su naturaleza y con un desarrollo tan desigual como lo era su consolidación cultural.

Esta realidad, fundamentada en las investigaciones arqueológicas y etnológicas se ha materializado en el esfuerzo de montar Museos regionales, de acuerdo con las distintas "culturas del oro", para que den cuenta de la historia de nuestros antepasados. La propuesta no ha querido quedarse en la simple reconstrucción arqueológica de estas sociedades ni en la presentación descontextualizada de los objetos de oro de las colecciones. Se ha querido ir más allá: lograr una mirada hacia el pasado desde el presente, evidenciando los puentes y la vigencia de muchos elementos culturales ancestrales presentes en nuestro ser de colombianos. Rastros indígenas atávicos que han permanecido enterrados y olvidados durante siglos y que ya no hacen parte de nuestra memoria aunque sí de nuestro ser.

Porque mirar sin prejuicios nuestro pasado indígena no es fácil. Ver en él no un testimonio abstracto sino una presencia contundente, incomoda muchas veces. Más aún, hacer del indígena con su universo cotidiano y mítico una referencia real y consistente de nuestra identidad cultural regional y subjetiva, individual, llega incluso a estorbar. Porque cuesta remontarse a explicar nuestra realidad social, política, económica y cultural siglos atrás; pensarla libremente proyectada hacia el presente, en la Colombia de hoy. Y cuesta comprender su evolución, sus ciclos de apogeos y hecatombes, sus superposiciones o simultaneidades temporales. Cuesta reconstruir ese mundo a partir de dispersos testimonios arqueológicos y de sus asociaciones: es como hacer hablar las piezas. Y cuesta aceptar sobre todo ese mundo indígena, tan maltratado, como el más ancestral de nuestros orígenes porque ciertamente allí en la cultura Sinú hay muchas respuestas del por qué de la vida, la

(1) Ospina, Juan Manuel, Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República.

cotidianidad, las costumbres, las creencias y los gustos de los habitantes de Córdoba, Bolívar y Sucre como se trata de mostrar en el Museo Sinú de Cartagena. O en la cultura Tairona, claves de la realidad de los hombres de la Sierra Nevada de hoy en día como se intenta exponer en el Museo Tairona de Santa Marta. O entre los Pastos y Proto-pastos hay elocuentes testimonios para los nariñenses de hoy, como se presenta en los Museos Nariño de Pasto e Ipiales. Y así, con el Museo Quimbaya en Armenia —con sus complementarios de Pereira y Manizales— y el Calima en Cali y el Tolima en Ibagué y el Muisca en Pasca, Cundinamarca, los Museos regionales buscan pues, de una manera clara, afirmativa y además didáctica, desenterrar nuestro pasado indígena, para aproximarnos a él, para comprender mejor nuestro presente.

MUSEO REGIONAL NARIÑO

Desde el Spondylus hasta el Barniz de Pasto

MARIA VICTORIA URIBE

Arqueóloga-Curadora del Museo Nariño en Pasto

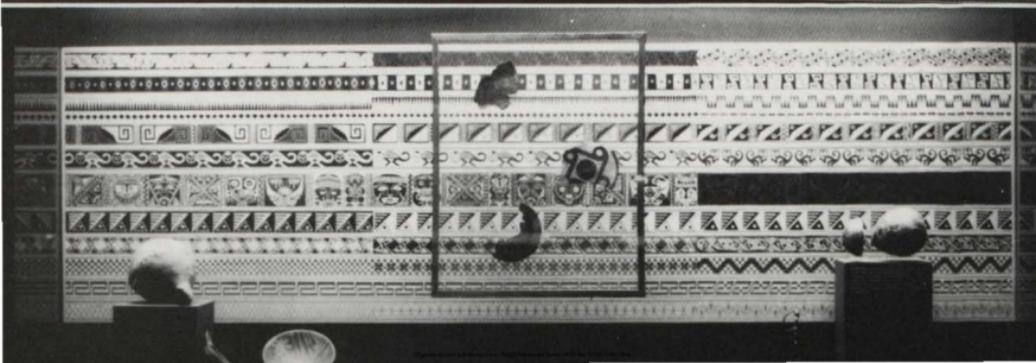
La limitante que, producto de una justa voluntad de proteger los bienes del patrimonio cultural colombiano, impone la construcción de locales cerrados que dificultan la amplia difusión de la cultura, como es el caso de las bóvedas de seguridad de los Museos del Oro del Banco de la República, nos planteó una pregunta de difícil solución: ¿A quién queremos llegarle con estos museos regionales?

El Museo de Pasto pretende, básicamente, dos cosas: visualizar y concretar las investigaciones arqueológicas que se han realizado en el Departamento de Nariño en los últimos diez años, cuyos resultados están publicados en revistas especializadas de difícil acceso, traduciendo los datos científicos a un lenguaje accesible al público en general. En segundo término, proporcionarle al nariñense una visión histórica de su pasado indígena prehispánico.

Las fronteras políticas que hoy en día dividen a Ecuador y a Colombia no existían en épocas prehispánicas. Nos referimos concretamente al área geográfica ocupada por la cultura Tumaco. La Tolita, en la Costa Pacífica, y los altiplanos del Carchi e Ipiales, escenario natural de la cultura Protopasto. El Museo de Pasto ignora estas fronteras políticas y trata el problema del área cultural en su conjunto. Lógicamente, este enfoque tiene oposición por parte de cierto regionalismo local, incapaz de considerar el Carchi ecuatoriano como componente esencial de la cultura de los Pastos.

El anfitrión del museo, un cacique Protopasto tallado en madera y vestido con una cusma de algodón, lleva en su mano izquierda un caracol de mar y, en la derecha un bastón de mando de madera de chonta forrado con una lámina de oro. Tiene diadema, nariguera y orejeras de oro y está descalzo. ¿Cuál es la importancia de esta figura? Ante todo, darle a los diferentes objetos un soporte humano, es decir: humanizar esas piezas tan cargadas de valores simbólicos que desconocemos, valores que el occidental rara vez toma





en cuenta porque no son los suyos. Con una mirada desprevenida pero atenta, quizá podamos entender que un objeto proveniente de lejanas ecologías, trasladado de mano en mano desde las orillas del Pacífico hasta los 3.000 metros de altura, cruzando territorios hostiles, haya significado tanto para sus poseedores. Es el caso de las cuentas de la concha *Spondylus* y de los caracoles marinos.

El Museo se inicia con un gráfico que muestra los diferentes pisos térmicos, desde el litoral (Tumaco) hasta la llanura amazónica, pasando por los manglares, la llanura del Pacífico, el pie de monte de la cordillera occidental, los valles interandinos, los páramos, las cumbres nevadas y el pie de monte de la cordillera oriental que fue el escenario múltiple de esta cultura y que lo es hoy el de los pescadores negros con sus atarrayas; de los mineros con sus bateas sacando el oro de aluvión de los ríos que vierten sus aguas al Océano Pacífico; de los indígenas y campesinos de los Andes nariñenses, de los indígenas del pie de monte amazónico. Está allí una región pluriétnica, marcadamente regionalista, con su desarrollo desigual.

En épocas prehispánicas, hubo desarrollos aislados: tempranamente la costa y tardíamente el altiplano. El recorrido del Museo va de lo más antiguo (Tumaco) a lo más reciente (Capulí y Protopasto), pasando por el Siglo XVI y la conquista Incaica, para terminar con el Barniz de Pasto, síntesis conceptual y formal de cierto tipo de pensamiento ancestral. Hay eslabones que unen el pasado y el presente, rasgos culturales que aún persisten entre las comunidades indígenas de Nariño: la reciprocidad, el trabajo comunal, los textiles, el trueque de ciertos productos por otros, el énfasis en la decoración negativa, el trabajo dispendioso de la madera, los danzantes de Corpus, pero hay lagunas, son pocos los datos que tenemos sobre los primitivos habitantes del territorio Quillacinga; no hay investigaciones sobre el norte de Nariño ni sobre el territorio de los Abad. ¿Quiénes habitaban las estribaciones de la Cordillera Occidental? Es de esperar que el Museo genere preguntas, inquietudes, nuevas investigaciones que permitan enriquecer este panorama prehispánico del sur colombiano, ayudando a entender viejos problemas regionales, sobre las que aún nada sabemos.

En el montaje pesan mucho los silencios, las zonas oscuras y de penumbra, los espacios vacíos. Hay cierta dialéctica intencional en todo ello: es la sutil línea divisoria entre el mundo de los vivos (Sala I) y el mundo de los muertos (Bóveda), límite arbitrario impuesto por las necesidades de espacio y seguridad, mencionadas al comienzo.